

# Dedicatoria

A Dios, por darme la sabiduría y la fortaleza para sostener el camino que me tocó vivir, incluso en los momentos en los que sentía que ya no podía más. Por sostenerme en silencio, por no soltarme cuando todo parecía derrumbarse y por guiar cada paso de este proceso. A mis hijos, porque en ustedes encontré la razón más profunda para no rendirme. Porque su amor me dio fuerzas cuando no las tenía y sentido cuando todo parecía perdido. A Alexander, porque aunque ya no estés físicamente, vives en cada parte de mí. Tu recuerdo no es solo dolor; es también la fuerza que me impulsa a seguir, el amor que permanece y la presencia que siento incluso en el silencio. A mi madre, por enseñarme, sin palabras, que la vida se sostiene con fe, sacrificio y una dignidad que nunca se pierde. A los clientes del Bar Casa Felicia, porque, de una forma u otra, formaron parte de este camino. Algunos me criticaban al verme escribir en medio del trabajo, otros permanecían indiferentes y otros se interesaron por lo que estaba creando. A todos, sin excepción, les debo mi gratitud. Y a mí, por no rendirme. Por levantarme cuando no tenía fuerzas. Por seguir adelante incluso cuando el camino parecía imposible. A mi hija Rosana, por ayudarme con el proceso de este libro. Esta historia es mía, pero también es de todas las madres que han perdido al menos un hijo... y, aun así, han encontrado la fuerza para seguir viviendo. Son madres que han sobrevivido al dolor incurable. Y a todas las mujeres que han tenido que educar y criar a sus hijos solas, sin apoyo.